UNA BODA IMPROVISADA,

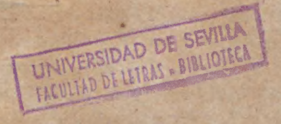
COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. VENTURA DE LA VEGA.





MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1841.

PERSONAS.	ACTORES.
DON PROTASIO.	*Don José García Luna.*
DON ANDRES.	*Don Florencio Romea.*
DON LUIS.	*Don Julian Romea.*
ADELA.	*Doña Matilde Diez.*
TERESA.	*Doña Carmen Corcuera.*

La escena es en un pueblo á seis ú ocho leguas de Madrid.

El Teatro representa una sala de la casa de don Protasio: muebles antiguos.

ESCENA PRIMERA.

ADELA. DON ANDRES. TERESA.

Teresa. Nadie parece!

Adela. Cosa mas rara...! no hay gentes en esta casa...? Bajamos del coche, y nadie sale á recibirnos...! nos metemos aqui como Pedro por su casa y llegamos hasta la sala sin encontrar alma viviente...

Andres. Esta soledad me da muy mala espina...! mi tio me escribió que estaba enfermo de peligro... y quizá todos estarán ocupados en asistirle... ó acaso nos hallaremos con alguna desgracia...! Esperad aqui: voy á subir á su cuarto y vuelvo á deciros lo que pasa.

ESCENA II.

ADELA. TERESA.

Adela. Tu marido cree que su tio está agonizando y yo apuesto á que está tan bueno y sano como nosotros. Me acuerdo que siendo niña venía á casa todos los dias, y siempre con la tema de que estaba muy malo: se me figuraba el enfermo de aprension. Lo mismo es ahora: pasa la vida haciendo testamento y tomando medicinas... en fin, es tal su mania, que da cuarto en su casa al médico, al escribano y al cura, por tenerlos á la mano.

Teresa. Jesus! qué sociedad tan lúgubre debe ser la del tio!

Adela. Y mira qué muebles... de qué siglo será esto...?

Teresa. Por Dios, Adela...! conten un poco tu genio, y no vayas á hacer burla... ya sabes lo que nos ha dicho mi marido acerca del tio don Protasio: es un señor muy escrupuloso, que siempre está predicando la decencia, las buenas costumbres y la fidelidad conyugal!

Adela Sí, ya sé que está montado á la antigua; pero no vayas tú á hacerle el duo con esa cara de duelo...

Teresa. Y qué quieres! yo no tengo tu genio, y me veo metida en un laberinto, que...—Don Protasio no sabe que su sobrino se ha casado de secreto conmigo... y continuamente le está apurando para que celebre contigo su matrimonio... solo con esa condicion le deja por heredero.

Adela. Ya le haremos mudar de idea. Él quiere hacer por ese medio que yo disfrute de sus bienes... le agradezco mucho la buena intencion; pero no es cosa de hacerme rica por fuerza.

Teresa. Mi querida Adela...! jamas olvidaré tan generoso sacrificio!

Adela. Anda, Teresa, que el sacrificio no es tan grande como tú te figuras. Puedo asegurarte que aun cuando Andres no hubiera tenido el corazon preso en tus redes... el mio estaba ya...

Teresa. Qué me dices...? tenias amores...?

Adela. Y tanto...! no te lo he dicho hasta ahora. Dos años há que conocí en casa de mi tia Mariana un joven, tan vivo, tan alegre... ya sabes mi genio... al instante simpatizamos. Nos veíamos diariamente... charlabamos sin cesar... por las noches nos divertiamos haciendo burla de todos los que iban á la tertulia... en fin pasabamos el rato inocentemente... hasta que un dia se atrevió á declararme su amor... yo me puse hecha una furia... le dije que era un atrevido, que no volviera á ponerseme delante... en fin, lo que se dice siempre al principio... él insistió, me juró que no podia vivir sin mí... y yo le iba ya creyendo... necia de mí...! cuándo de la noche á la mañana... qué dirás que hizo...? desapareció... y hasta hoy.

ESCENA III.

ADELA. DON ANDRES. TERESA.

Teresa. Qué traes?

Adela. Qué sucede?

Andres. Una desgracia!

Teresa. Dios mio!

Andres. Estamos perdidos!

Adela. Se ha muerto el tio?

Andres. Qué! Se ha ido á caza á las cuatro de la mañana...! asi me lo ha dicho el jardinero.

Teresa. Acabáras...! y eso te entristece?

Adela. Andres... usted anda con unos misterios... Me saca usted de Madrid para que acompañe á su muger, y me ofrece esplicarme el motivo de este viaje asi que lleguemos al pueblo. Pues ya hemos llegado, y reclamo la palabra.

Andres. Se va usted á enfadar conmigo, Adela!

Adela. Y por qué...? no somos amigos?

Andres. Va usted á desaprovar mi conducta... pero ya no hay remedio, oigame usted, y la pondré al corriente de mi plan. Ya sabe usted que yo no tengo bienes, y que mi tio me amenaza con desheredarme sino me caso con usted.

Adela. Sí, ya lo sé todo: usted se habia casado de secreto con Teresa, y ya no es posible casarse con dos mugeres, vamos, qué mas hay?

Andres. Va usted á saberlo.—Hace tres dias que mi tio me envió á Madrid un propio con una carta concebida en estos términos.

Adela. Veamos.

Andres. (*Lee una carta.*) "Mi querido Andres: veo que se acerca mi última hora, y te escribo desde el lecho de la muerte. Quiero que tan luego como recibas esta efectues tu matrimonio con Adela y me la traigas antes que yo pase á mejor vida. Ya sabes que su padre me hizo señalados favores, y murió pobre, dejándome el encargo de cuidar de su hija y establecerla. Contestame con el dador lo que resuelvas. Advirtiendote que el escribano está á mi lado, y que haré mi testamento segun sea tu sumision á mis mandatos. A Dios, Andres; y ruegale por tu tio que te ama=Protasio.—P. D.—Si cuando llegues he muerto, no te de pena; que yo dejaré dadas mis órdenes."

Adela. Jesus! qué original!—Y qué es lo que usted le respondió?

Andres. Le respondí... que ayer mismo me habia casado con usted.

Adela. Conmigo?

Teresa. Es posible?

Andres. Y que hoy saliamos de Madrid para este pueblo.

Adela. Pues ha hecho usted un pan como unas flores!

Andres. Ya lo veo!

Teresa. Andres...! qué locura!

Andres. Yo creí de buena fé que mi tio estaba dando las boqueadas... y pensaba presentarla á usted como mi mujer.

Adela. Pero debió usted, á lo menos, ponerme en el secreto antes de marchar.

Andres. Tiene usted razon; pero... la verdad... temí que usted no consintiera...

Adela. Y qué papel destinaba usted en la farsa á su mujer?

Andres. El de una amiga íntima de usted... que no se separaba nunca de su lado... asi se lo escribí al tio... válgate Dios...! y ahora nos hallamos con que ni está enfermo, ni se muere, ni... De caza, tan sano y tan gordo...! yo me alegro mucho, eso es otra cosa... pero es una desgracia terrible, terrible...! y ya no hay mas recurso que meternos otra vez en el coche, y á Madrid!

Adela. Buena salida...! Tiene usted la cabeza mas destornillada...! y ahora doy gracias á Dios de no ser realmente su mujer!

Andres. Pero vamos, qué quiere usted que haga?

Teresa. Echarnos á los pies del tio y confesárselo todo!

Adela. Otra que tal! Aunque os hecheis á sus pies y le digais con tono de tragedia: "os hemos engañado, perdon, tio don Protasio...! perdon!"—Qué sacareis en limpio? Es un viejo tufillas, testarudo, que no se da á partido..., os manda á paseo, os deshereda... y quedais lucidos.

Andres. Pero entonces, señor...

Adela. Déjeme usted acabar!—Ni el uno ni la otra valeis un comino para lances de esta especie. Yo tengo mas calma y mas travesura... con que si me dais plenos poderes, yo me encargo de la comedia.

Andres. Por mí, corriente.

Teresa. Amiga mia..!

Adela. Por el pronto, lo dicho, soy su esposa de usted... esposa interina: el tio es un campesino de mal genio: bien; empezaré por disgustarle.

Teresa. Eso no será facil, Adela!

Adela. Facilísimo!—Me haré la aturdida, la coqueta, la loca... vereis, vereis con qué naturalidad!—Tú, Teresita, has de representar el papel opuesto: siempre al lado del tio... mimándole mucho... y cuando veamos que ya no me puede aguantar... se aventura la confesion.

Andres. Es usted un angel!

Adela. Cuidado, esposo mio...! trate usted á su esposa con mucho cariño...!—Teresa, no tengas celos.—Con mucha afabilidad, con mucho amor... no tanto, que vayan á conocer que no somos marido y mujer.

Teresa. Yo le haré creer que me gusta mucho el campo.

Adela. Yo diré que es horroroso... que el jardin es feísimo... y la casa, y la huerta, y todo! vereis, vereis...

Andres. Dios nos saque con bien...! (*Oyense ladridos dentro.*) Ay! no ois...? ya está ahi mi tio...! entraos adentro: yo le recibiré solo... y le prepararé...

Adela. Cuidado con echarlo á perder! (*Vanse las dos.*)

ESCENA IV.

DON ANDRES. DON PROTASIO.

Protasio. Donde están...? donde están esos muchachos...?

Andres. (*Corriendo á sus brazos.*) Querido tio...!

Protasio. Andresillo...! y donde, donde está tu muger?

Andres. Ha ido á arreglarse un poco... No hacemos mas que apearnos... y venia con tanto polvo...

Protasio. Calla, calla...! ceremonias conmigo...! Ya veo que no me conoceis. Aqui no estamos en Madrid... y cuidado que á mí no me gustan pinturas: yo quiero que aqui se viva á la buena de Dios... con franqueza, con franqueza.

Andres. Teresita... aquella amiga de quien hablé á usted en mi carta... tambien ha venido.

Protasio. Mejor! mejor...! tus amigos lo son mios y pueden venir á mi casa. Ademas, que yo conozco á la familia de esa joven... su padre era muy buen sujeto.—Ah! tambien yo os presentaré un amigo... el dueño de esa quinta que habreis visto orilla del camino real... Un joven de veinte y ocho años... pero un fenómeno...! filósofo consumado...! Me le encontré que iba tambien de caza... y me ha tenido con la boca abierta... Qué bien habla...! qué sentencias contra los hombres... y sobre todo contra las mugeres... Se esplica como un libro!—Y asi, matando conejos y moralizando nos hemos andado mas de seis leguas.

Andres. Segun eso, tio, ya se siente usted...

Protasio. Ay! malo, malo, muy malo...! Esta máquina se va acabando... asi, poco á poco... Ahora mismo me siento tan débil... tan cansado...

Andres. Despues de andar seis leguas... no tiene nada de particular.

Protasio. No; no es por las seis leguas... eso no me cansa... Esto es efecto de mi mala salud...

Andres. Ya...! no tendreis apetito...

Protasio. No, lo que es apetito... no me falta: como bien... bebo regularmente... duermo bastante... pero estoy muy malo, muy malo!—Sin embargo, debo dar gracias á mi última enfermedad... pues á no ser por ella, aun no te habrias casado.

Andres. Tio... yo...

Protasio. Calavera...! te gustaba la vida de soltero...!

Andres. No señor... si no la hago mucho tiempo há.

Protasio. Embustero...! tú has sido siempre amigo de trasnoches y de bromas; pero de aqui vas á salir como nuevo: el amigo que te he dicho se encargará de convertirte. Si le oyeras disertar sobre el desprecio de las grandezas humanas... sobre la futilidad de las... y la instabilidad del... A propósito, aqui viene: él te dirá... porque á mí se me olvidan esos términos...

ESCENA V.

DON LUIS. DON PROTASIO. DON ANDRES.

Luis. Se me ha escapado el maldito conejo... despues de andar una legua...

Protasio. Hola, camarada...! aqui le presento á usted á mi sobrino.

Andres. Qué veo...! estoy soñando...! Luis...!

Luis. Calla...! Andres!

Protasio. Hola...! se conocen ustedes...?

Luis. Mucho! Hemos sido amigotes en Madrid...

Protasio. Me alegro...! vaya un encuentro...!

Andres. Pero tio, es este quizá el filósofo de quien me hablaba usted?

Protasio. El mismo.

Andres. Este...! pues si era el mayor calavera de Madrid!

Luis. Qué tal! Ya ve usted, señor don Protasio, si tengo razon para clamar contra la injusticia de los hombres! Aqui tiene usted uno de mis mayores amigos, tratándome de calavera... por media docena de travesuras, que estoy espiando de una manera ejemplar.

Andres. Estás loco...? tú, el mas bullicioso, el mas coqueton...

Protasio. Vamos, vamos...! Señor sobrino, respete usted la virtud!

Andres. Habrás cambiado enteramente en dos años que no te veo?

Luis. Ay! amigo mio...! en esos dos años he vivido un siglo! He sufrido tanto... tanto... Y luego las penas del alma... Ay! las penas del alma me han muerto!

Protasio. Qué desgracia de joven!

Luis. Y á propósito de penas del alma, eres todavia celoso?

Protasio. Calle usted, si está casado!

Luis. Te has casado...! — Ay! amigo mio...! te compadezco...! y sobre todo, á tu muger!

Protasio. Cómo, cómo... pues qué el matrimonio...?

Luis. El matrimonio...! oh! el matrimonio es una gran cosa! nosotros los moralistas lo consideramos como la base fundamental de... Y crea usted que si yo no estoy casado, no es culpa mia. Figúrese usted, señor don Protasio, que despues de haberme engañado todas las mugeres de este mundo, tengo al fin la dicha de encontrar una que me ama... ó por lo menos que lo aparenta; pero vea usted qué fatalidad: esta muger tenia un padre...!

Protasio. Hombre...!

Luis. Este padre la habia prometido á otro, y contra viento y maréa de la muchacha me pone en la calle. Yo no desisto: la pido una cita, salto una tapia, llego al emparrado del jardin, la encuentro, y alli, bajo la bóveda del cielo, en medio de la noche, nos juramos amor eterno.— Al dia siguiente recibo orden del Inspector para ir á mi regimiento; marcho á campaña... y desde allá la escribo cien cartas... nada: sin responderme! — Concluida la guerra vuelvo á Madrid, pregunto, y me dicen que su padre ha muerto, y que la visita un joven con quien va á casarse... Entonces, maldiciendo de las mugeres, me retiro á este desierto, donde por fortuna encuentro al venerable anciano en cuya compañia me dedico á practicar la moral sublime, encanto de la existencia, y don precioso de la filosofía.

Protasio. Estimando, señor don Luis...! usted me confunde... y me...

Andres. (*Aparte.*) Vamos, se ha vuelto loco! — Y qué, no

has averiguado despues nada acerca de tu querida? Debias informarte mas...

Luís. Para qué? para convencerme de su infidelidad? No: asi, á lo menos, la duda me sirve de consuelo. Ademas, confieso á ustedes que soy fatalista, y creo que mi estrella es ser engañado por todas las mugeres.

Protasio. Cierto que la juventud del dia..

Luis. Oh! no me hable usted! Qué juventud...! qué costumbres!

Protasio. Sí, yo soy de la opinion de usted, en cuanto á los hombres; pero tocante á las mugeres... no tanto; algunas se encuentran que... vamos...

Luis. Sí, aqui, entre las lugareñas: es verdad... hay candor... y frescura...

Protasio. Eso, eso...! el candor y la frescura...—Pero cómo tarda mi sobrina, y estoy deseando abrazarla! Espero que ella le ha de reconciliar á usted con el bello sexo... Eh! yo los dejo á ustedes y vuelvo pronto. (*Aparte yéndose.*) Qué joven tan apreciable...! qué talento...! es un prodigio, un prodigio!

ESCENA VI.

DON LUIS. DON ANDRES.

Andres. Ahora, si puedes, mírame sin reirte.

Luis. No: no me chanceo.

Andres. Vamos, te ha dado por ahí la locura!

Luis. Hablo seriamente: he dado al mundo un á Dios eterno... y me he encerrado en una ermita.

Andres. En una ermita!

Luis. Quiero que la veas. Es modesta; pero agradable: tiene huerta, jardin, estanque... alli vivo en la soledad... no recibo gentes sino tres veces á la semana... hay piano... se toca... hay mesa de villar... tenemos partidas de caza... Nada supérfluo, nada de lujo... lo estrictamente necesario!

Andres. Calla! pues de ese modo yo tambien sería ermitaño. Admiro, en verdad, el esfuerzo que has hecho para renunciar á las pompas de este pícaro mundo. Tendrás buena librería?

Luis. No, amigo mio; no tengo libros: me he deshecho de los que habia en la quinta: eran novelas, obras inútiles, inmorales...

Andres. Las has vendido...?
Luis. Las he cambiado por unos barriles de Jerez.
Andres. Soberbio cambio!
Luis. Qué quieres...! yo tengo mis ideas: el buen vino no hace daño; y los malos libros sí.
Andres. Pero tú, que no podias vivir sin estar enamorado...
Luis. No me hables de eso...! detesto á las mugeres... no hay fidelidad en la tierra...!

ESCENA VII.

DICHOS. TERESA.

Luis. (*Viéndola salir.*) Hombre...! mira qué linda muchacha...! Es tu muger?
Andres. Mi muger...? No... es una amiga suya.
Luis. Qué buena moza...! preséntame... preséntame...
Andres. Se... señorita...
Luis. Es soltera...? mejor!
Andres. Tengo el honor de presentar á usted al señor don Luis del Valle... un filósofo que hace gala de aborrecer á las mugeres.
Luis. Hombre, no....! estás loco...! No lo crea usted, señorita... yo aborrecer á las mugeres...! nunca he proferido semejante blasfemia.
Teresa. No debe suponerse, al ver á este caballero, que tenga por qué quejarse del bello sexo.
Luis. (*A Andres.*) Cáspita...! qué talento tiene!
Andres. (*Aparte á Teresa.*) No te fies de él... es un loco... un charlatan.
Luis. Quién puede, al ver una jóven tan interesante...
Andres. (*Aparte*) Con que fuego habla!—(*A Teresa*) Si descubre nuestro secreto, somos perdidos.
Luis. Qué la dice á usted, señorita...? apuesto á que me está calumniando!
Teresa. Caballero...
Andres. (*A Teresa*) Cuidado!
Luis. (*A Andres.*) Qué figura tan magestuosa...! qué aire tan simpático...!
Andres. Sí... no es maleja... (*Aparte.*) Gracias á Dios que viene mi tio!

ESCENA VIII.

DON LUIS. DON PROTASIO. ADELA. DON ANDRES. TERESA.

Protasio. Ven acá, sobrina... ven á confundir á un temerario que se atreve á calumniar al bello sexo.

Adela. Hace muy mal, tio, y yo le probaré...

Protasio. Mírale... ahí le tienes.

Luis. (*Aparte.*) Adela!

Adela. (*Aparte.*) Cielos!

Luis. (*A Andrés.*) Cómo...! Andrés... esa señora... es su muger?

Andres. Sí.

Protasio. Sí señor... su muger.

Adela. (*Aparte.*) Estoy turbada!

Luis. *Aparte.*) Y la pérfida se atreve á presentarse á mis ojos!

Adela. (*Aparte.*) Dios mio...! me juzga infiel!

Teresa. (*Aparte á Andres.*) Adela se ha turbado...! se le va á olvidar el papel, y somos perdidos!

Protasio. Vamos, señor filósofo, qué dice usted de mi sobrina?

Luis. (*Disimulando el enojo.*) Qué he de decir...! que es encantadora... (*Aparte.*) Infame...!

Protasio. Sabes, sobrina, por qué es toda esa manía con las mugeres...? porque fue á enamorarse de una coquetilla... y tiene sospechas...

Luis. Sospechas...? Diga usted pruebas irrecusables!

Adela. Quizá esté usted engañado... muchas veces las apariencias...

Luis. (*Aparte.*) Hay descaro semejante!

Protasio. Ha tenido usted noticias frescas...?

Luis. Sí señor... muy frescas!

Protasio. De que es infiel...? Pues, cómo ha de ser...! no hay que desconsolarse por eso. Se la deja, y se ama á otra. Asi hacia yo cuando muchacho.

Adela. Tio...! qué consejo le da usted...!

Luis. Escelente, señora...! y lo seguiré al pie de la letra.

Protasio. Eso es!—Con que, sobrina, cuidado, que dentro de un año quiero tener un sobrinito...

Adela. Tio...!

Protasio. Te pones colorada...! ah! simplecilla...! (*A Andres.*) Bribon! qué feliz eres!

Luis. (*Aparte.*) Buen papel estoy haciendo!

Protasio. Cómo me gusta ver casarse á los muchachos!—Ah! ya os he dispuesto habitacion sola y retirada... allá... con vistas al jardin... independiente de toda la casa.

Teresa. (*A Andres.*) Andrés...! oyes...?

Adela. Tio, yo no quiero separarme de mi amiga.

Protasio. Cómo qué...? Buenos estamos! No hay que hablarme de eso!—Esta señorita tiene aqui su habitacion. Tiempo tienes de estar con ella todo el dia.

Adela Pero tio...

Protasio. Los buenos esposos deben habitar juntos... no es asi, señor don Luis?

Luis. Sí... sí, señor.

Protasio. Qué ojos le echa usted á mi sobrina...! Como si la aborreciera de muerte.

Adela. El señor no tiene ningun motivo...

Luis. No, señora, no... ninguno! Al contrario, la debo dar á usted muchas gracias...

Protasio. Pues...! ya se ablanda...! al fin acabarán por ser amigos.—Ah! quiero que veais mi huerta, mi jardin...: Ven, sobrina, de camino te enseñaré tu habitacion... verás qué bien te la he adornado.—Viene usted, señor don Luis?

Luis. Sí, señor, al instante voy.

Adela. (*Aparte.*) Si yo pudiera desengañarle!

Protasio. Teresita, alli tiene usted su cuarto: si quiere usted descansar... con franqueza. (*A don Luis.*) Con que, viene usted?

Luis. Al instante.

Protasio. Vamos, sobrina, vamos... le gusta la soledad... dejémosle con su tema.

ESCENA IX.

DON LUIS. DON ANDRES.

Andres. Luis, qué tienes...? parece que estás consternado.

Luis. (*Estrechándole la mano.*) A Dios, Andres, á Dios!

Andres. Qué es eso...! mira que estamos solos; nadie nos oye... deja ese tono patético!

Luis. A Dios, te digo.

Andres. Pues qué, te vas?

Luis. Ahora mismo.

Andres. Y á qué viene esta marcha repentina?

Luis. No puedo declararte el motivo. Bástete saber que hay sacrificios que deben hacerse á la amistad.

Andres. Vamos, habla...! quiero absolutamente que me declares...

Luis. (*Con tono solemne.*) Tú lo exiges... amigo mio...! Pues bien! te lo diré.

Andres. Me haces temblar!

Luis. Sabe, pues, que la pérfida á quien he amado tanto... la pérfida que me ha engañado... la pérfida...

Andres. Vamos...! quién es la pérfida?

Luis. Tu muger.

Andres. Mi muger! (*Aparte.*) Cáspita! no es malo el chasco!

Luis. Sí, tu muger! Ya ves si hay motivo para que un hombre se vuelva misántropo. Tu tranquilidad lo reclama; y yo parto. A Dios, Andres... á Dios para siempre!

Andres. Pero qué, no es mas que eso...? pues quédate, hombre, quédate... que á mí eso no me da cuidado.

Luis. Cómo...! tú que siempre has sido zeloso...

Andres. Sí, zeloso de mis queridas... pero de mi muger... no!

Luis. Te burlas?

Andres. No, hombre! te digo que te quedes. Crees que soy un marido ridículo...? Quédate, Luis, quédate por Dios!

Luis. (*Con despecho.*) Sí, me quedaré... me quedaré... pero será para probarle que me es del todo indiferente. Si me marcho, creerá tal vez que es despique, que es desesperacion... no señor... yo la convenceré... (*A Andres.*) Me quedo, Andres, me quedo... y voy á seguir el consejo de tu tio. — Ay! qué feliz idea...! Andrés, ya no la amo... la hermosa Teresa me la ha hecho olvidar!

Andres. Qué? qué..?

Luis. Estoy enamorado de ella!

Andres. De Teresa?

Luis. Enamorado hasta los hígados...! la adoro... la idolatro!

Andres. Pero tan pronto...?

Luis. Qué quieres...! un rayo de simpatía... un flechazo...! — Ah! cuento contigo para que la prepares...

Andres. Yo...?

Luis. Tú parece que la tratas con franqueza: háblala de mis bienes, de mi cuna, de mi génio... pondérame mucho...! dila que soy tierno, consecuente, fiel...

Andres. Poco á poco...! yo no la digo eso... yo no miento nunca.!—Ademas, tú eres mi amigo, Luis, y no puedo consentir que hagas semejante matrimonio.

Luis. Y por qué?

Andres. Porque... En primer lugar, Teresa es pobre.

Luis. Mejor...! yo soy rico... y la haré feliz. Hay mayor dicha que hacer feliz á la que se ama?

Andres. Y luego... Teresa no es lo que se llama bonita...

Luis. Ay! Andres, no digas eso...! Es por otro estilo que tu muger... pero no vale menos. Una tez de rosa... y unos ojos... qué ojos...!

Andres. No digo que sea fea... pero su genio...

Luis. Qué?

Andres. Es algo coqueta...

Luis. Y qué muger no lo es un poquillo...?

Andres. Muy caprichosa...

Luis. Caprichosa...? Andres, estoy decidido. Me muero por las mugeres caprichosas...! tienen una mezcla de viveza, de indolencia, de coquetería, de juicio... y esta variedad diaria hace que se crea uno casado con veinte mugeres á un tiempo. Caprichosa me has dicho...? Andres...! ese es un tesoro!

Andres. Pero tú decias antes que no te gustaban mas que las lugareñas... y Teresa se ha criado en Madrid.

Luis. Oh! no hay regla sin escepcion. Y ademas... tiene un aire tan candoroso y sencillo... que parece criada en el campo.

Andres. (*Aparte.*) Ah! verdugo!—Pues señor, apesar de todo, digo que no te conviene, y no puedo permitir...

Luis. Despacio, señor don Andres... usted me ha quitado ya una querida... y lo que es esta...—Pero es cosa rara que no tengas zelos de tu muger, y hables de la otra con tanto fuego!

Andres. (*Aparte.*) Tiene razon...! no sé por qué me apuro conociendo á mi muger.—En fin, Luis, haz lo que quieras; pero me parece que vas á perder el tiempo. Teresa es tan fria, tan indiferente... no va á gustar de tí... no le agradan mas que los hombres de mucho juicio.—Verás... verás...

ESCEEA X.

DON LUIS.

Que no va á gustar de mí...? lo veremos! — Y el señorito este que me lo quiere estorbar... Pues por lo mismo he de formar mas empeño. — Ya me estoy gozando en pensar la rabia de Adela, cuando vea que tomo mi partido con la mayor frescura. Ah! ella lo ha querido... la culpa es suya... nada tengo que echarme en cara...! Animo pues... y hagamos sentir á esa infiel lo que ella me hace sentir á mí! — Calla! aqui viene la hermosa Teresita...! vamos, la adoro, es cosa decidida... y voy á hacerla mi declaracion.

ESCENA XI.

DON LUIS. TERESA.

Teresa. Perdone usted... creí que estaba Andres...:

Luis. Acaba de marcharse... pero no se vaya usted... yo se lo suplico...

Teresa. Temo...

Luis. Teme usted hablar conmigo?

Teresa. Como usted prefiere la soledad...

Luis. Sí, es cierto... me gusta la soledad... pero me ofrece mas encantos cuando usted la embellece.

Teresa. Cómo es esto...! se vuelve usted galante?

Luis. Lo estraña usted?

Teresa. No ha jurado usted ódio eterno á mi sexo?

Luis. Tenga usted mejor opinion de mí. Yo aborrezco á las mugeres frívolas, infieles... pero aprecio, idolatro la virtud modesta, el candor ingénuo... y al conocer á usted...

Teresa. Vaya...! que aunque tratase usted de galantearme...

Luis. Lástima es que ese esterior amable oculte una alma fria, indiferente...

Teresa. Quién le ha dicho á usted eso...?

Luis Oh! yo lo sé.

Teresa Pues le digo á usted que le han informado mal.

Luis. Cómo...! será cierto...! es usted susceptible de una pasion tierna...?

Teresa. Sí señor.

Luis. De un amor constante...?

Teresa. Por qué no?
Luis. Su corazon de usted no es insensible...?
Teresa. Aqui podria darle á usted pruebas...
Luis. Esa turbacion... ese suspiro... Ah! ya no disimulo mas. Teresa encantadora, perdone usted mi temeridad... pero yo la adoro... soy jóven... soy rico... puedo disponer de mi mano... y todo lo ofrezco á esos pies. Me han dicho que usted gusta de los hombres de juicio... yo soy el juicio personificado... Acepta usted...? Ah! su negativa me costaria la vida... sí, Teresita, la vida.
Teresa. Pero está usted en sí...? sabe usted...
Luis. Consiente usted...? Ah! soy el mas feliz de los hombres...!
Teresa. (*Aparte.*) Qué compromiso...!
Luis. Ah! repítalo usted...
Teresa. El qué...? si yo no he dicho nada...!
Luis. Repita usted mi felicidad...!
Teresa. Pero advierta usted...
Luis. Me jura usted ser siempre la misma...?
Teresa. (*Con ironía.*) Sí señor, la misma!
Luis. Oh! felicidad...! felicidad sin límites...!

ESCENA XII.

DON LUIS. DON ANDRES. TERESA.

Andres. (*Aparte.*) Cáspita...! los dos juntos...!
Luis. Andres...! ven acá...! es negocio hecho!
Andres. Cómo negocio hecho!
Luis. Sí, amigo mio, sí...! la amo... me ama... nos amamos...
Andres. Te ama...! cómo lo sabes?
Luis. Me lo han dicho sus ojos... su conmocion... estoy loco de júbilo! (*Aparte.*) Ah! pérfida Adela...! voy á buscarla... para que me vea tranquilo y contento! (*A Teresa.*) A Dios, Teresita...! sus palabras de usted me han llenado de gozo el corazon...! (*A Andres.*) Anda, yo me voy... acaba tú de conquistármela... está muy bien dispuesta y no te costará gran trabajo. Me voy, Teresita, me voy á pensar en usted!

SCENA XIII.

DON ANDRES. TERESA.

Andres. Muy bien, señora!

Teresa. Qué hay?

Andres. Nada...! que ha sabido usted darle pie con mucho arte!

Teresa. Puedes creer...?

Andres. Es tan agradable á las mugeres oirse galantear!

Teresa. Pero, hombre, qué querias que respondiera? Si tampoco él me ha dejado meter baza!

Andres. La muger que quiere hacerse respetar, lo consigue. Pero, ya se ve... Luisito es un jóven amable, seductor...

Teresa. Andres...! qué estás diciendo!

Andres. Perdóname, Teresita... perdóname...! soy injusto contigo...! Pero estoy en una situacion... no me llega la camisa al cuerpo... y como te quiero tanto...! vamos, perdóname esta ligereza!

Teresa. Tus zelos me hacen desgraciada!

Andres. Sí, soy un majadero... me mataria...! Pero perdóname, yo te lo suplico!

Teresa. Siempre atormentándome...!

Andres. Quieres que me desespere...? Vamos, Teresita...! vamos...! abrázame, y se acabó... abrázame...! (*La abraza.*)

ESCENA XIV.

DON ANDRES. DON PROTASIO. TERESA.

Protasio. Qué veo...! qué veo...! estoy soñando...!

Andres. Cielos! mi tio!

Teresa. Somos perdidos!

Protasio. (*Poniéndose entre los dos.*) Muy bien, señor sobrino...! continúe usted...!—Pícaro! al segundo dia de casado...! no te da vergüenza...!

Andres. Tio... no crea usted...

Protasio. Calle usted!—Qué disculpa puede usted dar...? Sin respeto á las buenas costumbres... á la decencia... á la moral...!

Andres. Le juro á usted...

Protasio. Silencio!—Y usted, señorita...! asi corresponde

usted á la amistad de mi sobrina...? Desunir un matrimonio...! ese es un proceder muy indigno!

Teresa. (*Aparte.*) A lo que me espongo, Dios mio!

Andres. Tio, deje usted que le esplique...

Protasio. No quiero esplicaciones. (*Aparte.*) Esta muchacha no puede quedarse aqui... buscaré un pretesto... diré... Esto es!—Señorita, agradezco á usted la bondad que ha tenido de venir acompañando á mí sobrina; pero su familia de usted debe desear tenerla á su lado... yo sé que es usted muy querida... con que... eh? (*Aparte.*) No responde!—Pues es natural que no se hallen sin usted... con que voy á dar mis disposiciones para que ahora mismo se vuelva usted á Madrid.

Teresa. Cielos!

Andres. Yo no puedo permitir...

Protasio. Eh...! que es eso...! no faltaba mas! quieres que te...

Andres. (*Aparte.*) Es mucha situacion la mia...! voto á...!

Protasio. Usted, señorita, no tenga cuidado... irá en el coche con una persona de toda confianza...

Teresa. (*Aparte á Andres.*) Dios mio...! qué hacemos...?

Andres. Nada: yo me voy contigo!

Protasio. (*Oyéndolo.*) Hola...! "yo me voy contigo..." que lenguaje es ese... infame!

Andres (*Aparte.*) Estoy en un potro!

Protasio. Aun levanta el gallo...! Pícaro...! con una muger como un sol... y ya... Qué horror! qué escándalo!—Venga usted, señorita... vamos á disponer la marcha.—Hola! hola...! "yo me voy contigo..." Tunante...!

ESCENA XV.

DON ANDRES.

Y qué hago yo ahora...? Me va á separar de mi muger...! Ese Luis tiene la culpa... el infierno lo ha traido aqui...! Yo pierdo la cabeza...!

ESCENA XVI.

ADELA. DON ANDRES.

Adela. Ay! Andres...! no sabe usted lo que me pasa...! Estoy afligida...!

Luis. Usted, claro está!

Adela. No lo veo yo tan claro.

Luis. Cómo!—Cuando llego y la hallo á usted casada, se atreve usted á decirme que no es infiel?

Adela. Sí, señor, me atrevo.

Luis. Señora...! eso es querer decir... En fin, usted es muger de Andres.

Adela. Y si no lo fuera?

Luis. Si no lo fuera usted...! cielos! qué sospecha! Pero no... usted quiere burlarse... abusar del imperio que aun conserva en mi débil corazon!

Adela. (*Con agitacion.*) Ah...! no puedo mas!—La muger de Andres es Teresa... yo no estoy casada... y solo por contribuir á la dicha de ambos, he consentido en pasar aqui por la sobrina de don Protasio.

Luis. Cómo...! es posible...?

Adela. Yo me habia propuesto hacer el papel de una aturdida por disgustar al tio: pero su presencia de usted ha desconcertado mi plan.

Luis. (*Echándose á sus pies.*) Oh! Adela...! mujer encantadora...! angel del cielo...! mírame á tus pies...! perdoname un instante de error... la desesperacion de perderte me tenia loco...!

Adela. Ah! Luis..! qué peso ha quitado usted de mi corazon!

ESCENA XIX.

DON LUIS. DON PORTASIO. ADELA.

Protasio. Anda, anda...! me alegro...! otro contrabando!

Luis. Don Protasio...!

Adela. Cielos!

Protasio. El marido por un lado, y la muger por otro!

Luis. (*Aparte.*) Vuelvo á hacer mi papel.

Protasio. Digame usted, señor filósofo, la éstaba usted enseñando alguna tesis, ó algun curso de moral...? y la señora sobrina parece que se va formando en su escuela.—Qué es esto, Señor...! en una casa honrada...! á la vista del retrato de una señora que no se deslizó una sola vez en sesenta y cinco años!

Adela. Vamos, tio...! que se alborota usted por nada...!

Protasio. Cómo por nada...! y he visto al Señor á tus pies...!

Adela. Y qué...? qué tiene de particular que un hombre esté á los pies de una muger bonita? No lo ha visto usted eso nunca, querido tio?

Protasio. Jesus...! Jesus...! qué lenguaje...! Señora, usted está casada... y si yo se lo cuento á su marido...

Adela. A Andresito?—Vaya usted, vaya usted á contárselo que no le dirá nada nuevo. Libertad completa es nuestra divisa: él no me molesta, yo no le incomodo, y asi estamos siempre de acuerdo.

Protasio. Qué horror...! la ingenuidad del vicio...! qué principios...! qué depravacion!

Luis. Estoy indignado!

Protasio. Calla...! usted ahora..! Buena boda hemos hecho...! buena pareja...!

Adela. No se altere usted tio que le va á dar un mal.

Protasio. Se rie usted de mí, señorita...?

Luis. Qué atrocidad!

Adela. Vamos, señor don Luis, serénese usted... A Dios tio... Usted no conoce los usos del gran mundo... yo me obligo á domesticarle... y espero que en breve seremos amigos.—Luisito, que le espero á usted... no tarde usted en venir.

ESCENA XX.

DON LUIS. DON PROTASIO.

Protasio. Uf...! yo me ahogo...! á mí me va á dar algo!

Luis. Yo estoy estupefacto...!

Protasio. A los dos dias de casados...! qué será cuando lleven un año!

Luis. Es mucha conducta...!

Protasio. Y usted que aborrecia á las mugeres...!

Luis. Y qué quiere usted...! he sido seducido...! El hombre mas grande tiene un momento de debilidad...! pero ya estoy arrepentido, y le juro á usted que no siento hácia su sobrina el menor afecto que pueda reprobar el honor.

Protasio. A otro perro...! ya no me fio..! No se avergüenza usted...? una muger casada...

Luis. Para probarle á usted que no pienso ya en la muger de Andres, hoy mismo me caso con su amiga.

Protasio. Con su amiga?

Luis. Sí señor, con la que la acompaña.

Protasio. Se casa usted?

Luis. Hoy mismo.

Protasio. Otra que tal!—Hombre...! hombre...! mire usted lo que va á hacer...! Conoce usted bien á esa jóven?

Luis. Mucho!

Protasio. Es que... yo puedo decirle á usted algo de ella.

Luis. Nada, nada...! lo he reflexionado bien.

Protasio. Es que yo no puedo permitir que sea usted engañado por esa jóven.

Luis. No tenga usted cuidado por eso!

Protasio. Es que.. le diré á usted que la he encontrado aqui mismo...

Luis. Es un error!

Protasio. La he visto con mis propios ojos...

Luis. Es una ilusion!

Protasio. Dale...! es que quiero que sepa usted...

Luis. Lo sé todo.

Protasio. Huy! qué testarudo...! es que le pondrá á usted los...

Luis. No importa... yo cargo con todo.

Protasio. Adelante... sobre gustos no hay disputa. Cásese usted, cásese usted con la amiga de mi sobrina... ó de mi sobrino. (*Aparte.*) Mejor! asi se arregla todo sin ruido.— En casa tengo el escribano... vaya usted á buscarlo... cásese usted... pero con la condicion de que ahora mismo se marcha usted de casa con su muger.

Luis. Que nos marchemos?

Protasio. Lo siento; pero, amigo, la paz de la familia... la moral... el honor... exigen que se marchen ustedes. No digo mas... ya puede usted entenderme.

Luis. Corriente; nos marcharemos.

Protasio. Ya he mandado enganchar las mulas al coche... con que váyase usted con ella, váyase usted con ella.

Luis. Ah! señor don Protasio...! cuántos favores...!

Protasio. Bien está, bien... váyase usted.

Luis. Es usted un señor admirable... antes de marchar, déjeme usted que le abrace... que le estreche... que le estruje... con toda mi alma... y mi corazon...!

Protasio. Eh...! que me ahoga usted...! basta...! Llévele el diablo con sus abrazos y sus cumplimientos!

ESCENA XXI.

DON PROTASIO.

En medio de la cólera que tengo... me hace reir este majadero... Él cree que ha encontrado un tesoro de virtud...! Es particular...! los que peor hablan de las mugeres son los que caen mas pronto. Yo le he dicho lo que debia... pero él se empeña... con su pan se lo coma! — Aqui viene el bribon de mi sobrino.

ESCENA XXII.

DON PROTASIO. DON ANDRES.

Andres. Tio! tio..! qué ha hecho usted de Teresa...? dónde está?

Protasio. Libertino...! aun te atreves á hablarme de ella...! Pero ya he puesto yo remedio: no la volverás á ver.

Andres. Dios mio...! se ha marchado ya?

Protasio. (*Aparte.*) Quiero quitarle toda esperanza. — Ya está andando camino de Madrid.

Andres. Cielos...! qué ha hecho usted... ?

Protasio. Tranquilízate, va bien acompañada: el don Luisito va con ella.

Andres. Cómo! Luis va con mi muger... ? Tio! tio...! usted me ha robado á mi muger!

Protasio. Tu muger...! qué farándula es esa ?

Andres. Sí señor, mi muger...! y Luis está enamorado de ella.

Protasio. Cómo lo sabes?

Andres. Él mismo me lo ha dicho. Sepa usted...

ESCENA XXIII.

DON LUIS. ADELA. TERESA. DON PROTASIO. DON ANDRES.

Luis. Señor don Protasio, antes de marchar, quiero tener el gusto de presentarle á usted á mi esposa.

Andres. Qué oigo!

Luis. Adela, da las gracias al señor por las bondades que ha usado contigo.

Protasio. Su esposa...! qué diablos quiere decir esto?

Luis. Sí señor, mi esposa. No me ha dicho usted que llamase al escribano para firmar el contrato?

Andres. Cómo! tio...! usted los ha casado... Ah! usted [redacted] vuelve la vida...!

Protasio. Y ahora este me da las gracias por que he casado á su muger con otro...! Todos se han vuelto locos...! ó qué significa esto...?

Luis. Yo se lo diré á usted.—Que Adela se prestó á pasar por su sobrina; pero que no lo es.

Protasio. Cómo que no?

Adela. Como que no.

Luis. Su verdadera sobrina es Teresita.

Protasio. Calla..,!

Teresa. (*Aparte.*) Yo tiemblo!

Luis. Podia usted creer otra cosa de mis principios...? de mi moral...? yo seducir á la muger de mi amigo...! yo...! un filósofo...! No, señor! No!

Protasio. Con que es decir que Andresito...

Luis. Es culpable, sí...! culpable de una supercherία... de un subterfugio. Pero, señor don Protasio, la juventud tiene deslices... la humanidad, debilidades... la inesperiencia, errores. Qué sería de los hombres si la indulgencia, perdonando las injurias...

Protasio. Eh! déjese usted ahora de filosofias...

Luis. El resultado es que no ha habido insulto á las buenas costumbres...

Adela. Ni á la decencia...

Andres. Ni á la fidelidad conyugal!

Protasio. Es verdad, á nadie, á nadie... mas que á mí, que me habeis engañado como á un chino.

Pero en fin, ya que es preciso
Vuestra falta perdonar,
Tratemos de redactar
Las papeletas de aviso.

ADELA. En estilo muy conciso
Lo haré yo sin dilacion.
(*Al público.*) Damos parte á la reunion
De esta *boda improvisada*,
Esperando una palmada
En señal de aprobacion.

FIN DE LA COMEDIA.

Esta interesante Galería comprende hasta el dia 300 comedias próximamente, cuyos autores son:

D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Antonio García Gutierrez.
D. Mariano José de Larra.
D. Ventura de la Vega.
D. Angel Saavedra (duque de Rivas.)
D. José Zorrilla.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Eugenio Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Manuel Eduardo de Gorostiza.
D. Mariano Roca de Togores.
D. José de Castro y Orozco.
D. José García de Villalta.
D. Isidoro Gil.
D. José de Espronda.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Eugenio de Tapia.

Las traducciones comprendidas en ella son las que deben representarse en casi todos los teatros, mediante estar contratados sus empresarios con el Editor para este efecto; y las que en lo sucesivo se publiquen en la espresada Galería serán las que se consideren de mucho interes para la escena española.

Se dan Catálogos á los sugetos que quieran adquirirlos en todas las librerías donde se halla la espresada Galería.